

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 18 de diciembre de 2019

Texto de referencia: L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Ediciones Encuentro, Madrid 2019, pp. 29-41.

- *My song is love unknown*
- *La notte che ho visto le stelle*

Gloria

Comenzamos el trabajo de Escuela de comunidad con el punto «¿Qué es un acontecimiento?» de *Crear huellas en la historia del mundo*. Lo primero que debemos recordar y a lo que debemos reclamarnos constantemente para ser fieles al carisma, es el método: la experiencia. Hagamos por tanto la verificación en la experiencia: ¿quién se ha sorprendido, durante el trabajo de este tiempo, ante algún acontecimiento? Porque podemos haber trabajado el tema del acontecimiento sin haberlo interceptado como tal cuando sucedía. Entonces, la Escuela de comunidad se convierte en una lluvia de ideas y palabras, pero de este modo solo incrementaremos el nihilismo porque no sucede nada. Con la palabra «acontecimiento» en nuestra boca no sucede nada. No lo demos por descontado, porque uno no se da cuenta del acontecimiento a través de comentarios sobre el mismo, sino cuando me sorprende ante lo imprevisible que está sucediendo. Ahora, cada uno, con lo que ha reconocido, podrá dialogar con todos aquellos que intervengan para verificar si la experiencia que ha hecho responde a las preguntas que surgen a lo largo del camino.

Te agradezco el camino de autoconciencia que me estás ayudando a hacer. Cada vez profundizo más en la conciencia del don que supuso hace muchos años el encuentro con el movimiento. Hoy puedo decir que mi deseo de seguir al movimiento ha crecido y con él, mi conciencia y afecto a Cristo. Experimento cada vez más la pertinencia que tiene para mi vida en la plenitud de significado que da a las cosas y a mí mismo. Todo esto depende ciertamente del hecho de que para mí las ocasiones para encontrar una “autoridad” son realmente muchas y muy convincentes. Tengo muchos amigos con los que frecuentemente basta una mirada para volver a mirar quién soy y para qué estoy hecho. Por eso, a partir de la Jornada de apertura de curso, no me ha costado identificar el significado de las palabras «autoridad» y «acontecimiento» (que para mí coinciden) en estas experiencias. Durante alguna Escuela de comunidad me parecía que no quedaba clara la coincidencia entre el encuentro con Cristo y la carnalidad de los cristianos. Especialmente, los fragmentos en los que se habla de toda la realidad como acontecimiento a veces han sido motivo de confusión. Mirando mi experiencia, el encuentro con el cielo, las montañas, los compañeros de trabajo especialmente vivos, los niños, los pobres, los enfermos, todos ellos son realmente acontecimientos, pero la posibilidad de reconocerlos como tales y, por tanto, de reconocer el nexos con Cristo, me parecería imposible sin el encuentro con la humanidad de Jesús, sin el encuentro que me ha cambiado y que me cambia. Yo creo que el acontecimiento del encuentro con la carnalidad de Cristo, es decir, con quien tiene fe, está en un nivel superior, es de una naturaleza diferente, tiene un contenido único respecto a cualquier otro acontecimiento. ¿Me equivoco en algo? ¿Estoy simplificando demasiado?

¿Cómo explicas la afirmación de la Escuela de comunidad: «la creación es un acontecimiento» (p. 30)? Porque la creación está sucediendo ahora. Es importante tener esto en mente, porque estás diciendo algo fundamental, pero es necesario entenderlo dentro del contexto en el que se hace esta afirmación. Reconocer la realidad como signo del Misterio, como algo que remite al Misterio –no como fruto de un razonamiento, sino como reconocimiento de un hecho que está sucediendo ahora, que el Misterio hace suceder ahora–, está al alcance de todos, como dice san Pablo al comienzo de la carta a los romanos: todos pueden percibir el Misterio «a través de sus obras» (Rm 1,20). Por tanto, no hay contradicción. Pero estás diciendo algo que es verdad desde el punto de vista histórico: más allá de que exista esta posibilidad expresada por san Pablo –y que nosotros no podremos nunca impedir–, históricamente, debido a nuestra condición herida, a causa de la dificultad expresada en *Crear huellas* de reconocer la realidad cuando sucede, muchas veces no nos damos cuenta, de modo que esta posibilidad no se realiza, no sucede. Por eso me asombra cómo el Evangelio documenta la experiencia cotidiana de Jesús, que muchas veces nosotros damos por descontado; la presencia histórica de un hombre, Jesús de Nazaret, manifiesta qué puede llegar a ser la vida cuando se vive interceptando el acontecimiento mientras sucede: «El dinamismo del acontecimiento describe cada instante de la vida. Los lirios del campo que “ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos” son un acontecimiento [Jesús hace esta observación mientras está sucediendo: el Padre está revistiendo de belleza los lirios como ni siquiera Salomón fue capaz de hacer]; los pájaros del cielo –“vuestro Padre celestial los alimenta”– son un acontecimiento; “los cabellos contados de la cabeza” son un acontecimiento (...) que está sucediendo de nuevo hoy todavía, en cuanto que su explicación no puede alcanzarse hasta el fondo. Entrever en la relación con cada cosa algo diferente significa que la misma relación es un acontecimiento» (pp. 30-31). Esta es la contribución que Jesús ha introducido –como bien has dicho– en la historia: sin Él no podríamos mirar así la realidad, con esta inmediatez; solo es posible perteneciendo al acontecimiento que Él ha introducido en el mundo. Por eso sorprende ver a Jesús encarnando un modo verdadero de relacionarse con la realidad, como si nos dijese: «Se puede vivir así la realidad, se puede vivir con una capacidad para reconocer toda la potencia que tiene, toda la novedad que trae». De la mano de Jesús esta posibilidad puede volverse familiar, del modo en que tú lo estás percibiendo en tu vida. Por esta razón nos interesa aprender Su mirada sobre la realidad, porque «si el hombre [esta frase es decisiva] no mira el mundo como “dato”, como acontecimiento, es decir, a partir del gesto contemporáneo de Dios que se lo da [si nosotros no captamos esto como lo capta Jesús], el mundo pierde toda su fuerza de atracción [nos perdemos lo mejor], de sorpresa y de sugerencia moral» (p. 31), y todo se vuelve insustancial. La compañía de Jesús tiene precisamente como finalidad hacer que nos sea familiar reconocer todo como acontecimiento. Sin Él este reconocimiento sucedería como excepción. Pero a veces –y seguimos con el trabajo de hoy– uno puede preguntarse si todo es acontecimiento, sobre todo cuando se da una situación dolorosa.

En el trabajo de la Escuela de comunidad de este último tiempo una amiga nuestra pregunta: «Entonces, ¿cómo se pueden interpretar, mirar de un modo objetivo las circunstancias que suceden?». Me quedé pensando los días siguientes en esta pregunta y en el término «objetivo», intentando evitar el riesgo de dar una respuesta lógica y de zanjar la cuestión. Días antes uno de mis sobrinos había muerto de repente a causa de un infarto. Cuando me llegó la noticia estaba en casa. Me quedé conmocionado y lo primero que me vino a la cabeza fue abrir el libro de Escuela de comunidad y ponerme a leer. Para estar delante de un hecho tan impactante nada me parecía tan adecuado en aquel momento. Estando en silencio en el tanatorio ante el cuerpo de mi sobrino, poco

a poco tomaban vida las palabras de la Escuela de comunidad que había devorado aquellos días como nunca antes había hecho. Tenía en el corazón y en la mente la comparación entre lo que estaba sucediendo y la palabra «acontecimiento»: «Un hecho que surge en la experiencia revelando el Misterio que lo constituye (...). Una coincidencia entre la realidad que podemos experimentar y el Misterio (pp. 32-33)». En mi herida abierta se introdujo un factor nuevo e inesperado que restituía toda mi humanidad como ningún esfuerzo mío había podido introducir. Lo que percibía presente en mi mirada y que concretamente pacificaba mi corazón en una situación tan dramática, tanto como para desear no perderla, era una «presencia excepcional real a la que puedo decir “tú” y sin la cual yo no puedo hacer nada». Ayúdame a entender entonces si cada circunstancia es en sí misma un acontecimiento y si el término «objetivo» coincide con la pregunta de poder reconocer «cada instante como relación con el origen, una relación definitiva con el Misterio, y por eso nada se pierde» de aquello que somos, y que, es más, como leemos en el capítulo 4, «en esto reside nuestra felicidad» (p. 33).

La respuesta a tu pregunta está contenida en lo que has dicho. Ahora tienes que caer en la cuenta de lo que has experimentado, porque «en mi herida abierta», como has dicho, se ha introducido «un factor nuevo e inesperado» que —¡esta es la potencia de Cristo!— restituye toda tu humanidad, para poder ver todo lo que está sucediendo, aquella excepcionalidad única que te permite decir «Tú» incluso en esa situación, a través de esa situación, no «aparte de», ni después, ni antes, y sin la cual estarías vencido. Esta es la respuesta a tu pregunta: cualquier circunstancia, incluso dolorosa, puede convertirse en situación para reconocer la excepcionalidad del acontecimiento que sucede ante tus ojos. Por eso es fundamental que no se nos ahorre nada, porque tenemos que verle venciendo ahí, no en otra parte. ¿Quién ha visto vencer a Cristo en una situación dolorosa?

Cuando leí el orden del día del retiro de la Fraternidad volví a pensar en la experiencia de paternidad que, sin haberlo previsto, he vivido en los últimos meses, durante los cuales he acompañado a mi madre en la enfermedad. La noticia llegó como un rayo y después de varias llamadas entendí que la situación era muy grave. Rápidamente di la noticia a algunos amigos para que me ayudaran a entender, pero la realidad me asustaba mucho. Ninguno de los médicos tuvo la valentía de decir algo a mi madre, me dejaron la responsabilidad de darle la noticia. Podréis imaginar el dolor y cuánto me costó. Me parecía una negación total de mi deseo de eternidad, que, sin embargo, en aquel momento estaba más claro que nunca. Estaba enfadada, decepcionada. No obstante, en el sufrimiento que acompañaba mis días, siempre ha había un hilo rojo representado por el rostro de algunos amigos, de mi marido y de mi hijo, que no me abandonaban nunca. Su presencia me hacía preguntarme qué era lo mejor para mí en el presente. Por eso, en el dolor, empezaron a surgir de un modo inesperado el asombro y la gratitud. Cuando las cosas fueron a peor mi madre fue ingresada en un hospital. La enésima prueba fue acompañarla. Nada más llegar, descubrí que allí también estaba ingresado un amigo sacerdote. Cuando fui a verle no pude contenerme y le puse delante todas mis preguntas y objeciones. Le estoy agradecida porque no intentó darme respuestas, simplemente dio valor a mi deseo infinito de sentido, de justicia, de belleza. Su paternidad y la compañía de algunos amigos me hicieron cambiar. No sé cómo, pero es como si hubiese cedido ante la evidencia de que hubiese un bien para mí. De repente, mi mirada sobre las cosas ya no era la misma. Tenía un profundo dolor, pero estaba tranquila, no enfadada. ¡Miraba a mi madre de una forma diferente! Me di cuenta de que hasta entonces la había mirado por su enfermedad, pero de repente se me hacía evidente que ella era mucho más que su enfermedad. Uno de los momentos en los que experimenté

este bien fue cuando mi amigo sacerdote se levantó y recorrió todo el pasillo a pie para ir a dar la unción de enfermos a mi madre, inclinándose sobre ella. En aquel momento es como si Dios se hubiese inclinado sobre nosotros, abrazándonos. Mi padre, con todo lo que ha vivido, manteniendo siempre distancias con la Iglesia, quiso conocer al «padre roca», como le definió. Cuando vi que hablaba con mi padre de un modo tan paternal, me pregunté realmente «quién era este» que le atraía, incluso a través de un cuerpo frágil y enfermo, hasta hacerle ir a su funeral cuando este sacerdote murió. Lo que más necesito ahora es poder revivir todos los días la experiencia vivida en estos meses. ¡Porque no me basta el pasado! Necesito ver todos los días, al menos un instante, los signos de Su presencia. Necesito saber hoy que Él está conmigo todos los días, hasta el fin del mundo.

Por tanto, en el dolor ha empezado a surgir «de un modo inesperado el asombro y la gratitud [fruto de una paternidad vivida]; tenía un profundo dolor, pero estaba tranquila». Cristo no ha venido para ahorrarnos el dolor, sino para acompañarnos en nuestra vida, de modo que podamos vivir el sufrimiento con un significado. ¿Qué se necesita para poder experimentarlo constantemente, todos los días? Esta es la gran pregunta porque, como leemos en el punto 4 de la Escuela de comunidad, el acontecimiento es «la palabra más difícilmente comprendida y aceptada» dado que existe una resistencia en nosotros que «solo la aceptan con facilidad los puros de corazón y que mantienen el alma de niño» (p. 32). No es que no suceda nada, sino que hace falta esta sencillez para reconocerlo. Solamente esto puede volver a despertarnos y desvelarnos la verdad de nuestra vida. ¿Dónde hemos visto que sucedía?

Hace algunos días hicimos una cena de compañeros de clase del bachillerato. Con alguno no hablaba desde hacía más de 30 años. Yo tuve la idea: organicé todo, fue una noche preciosa. Al terminar, leí en voz alta, como dedicatoria a cada uno, algunos versos de Mi juventud, de Ada Negri («No te he perdido (...) otra eres, más bella. Amas, y no esperas ser amada: ante cada flor que se abre (...) a Dios das gracias de corazón») y les dije que yo sentía de ese modo aquellos años y mi vida presente (una quiso hacer una foto a la página del libro); después regalé a cada uno el manifiesto como felicitación de Navidad, en formato pequeño, enrollado y envuelto. Lo abrieron, lo leyeron y a alguno le sorprendieron las palabras del texto de Manzoni («¡Necesito oírlos, veros! ¡Os necesito!»). Todos estaban sorprendidos y agradecidos por el simple hecho de haber tenido ese detalle con ellos. Me sentí libre de darme a conocer, agradecida por el encuentro que tuve hace 16 años –cuando Dios me dio aquellos compañeros y aquel profesor– y que, sin ningún mérito, sigue sucediéndome ahora. Qué diferencia leer en la página 39 de la Escuela de comunidad («El choque con algo irreductiblemente distinto»): «La persona con la que nos topamos supone un “encuentro” cuando descubrimos que está comprometida de manera “diferente” –una diferencia que nos atrae– con las cosas de todos, es decir, si al hablar, al comer, al beber, hace que nos resulte perceptible y ofrece a nuestra existencia una diferencia cualitativa, de tal modo que, cuando la dejamos, nos marchamos sorprendidos por el hecho de que el comer y el beber tengan un significado absoluto, que una palabra dicha en broma tenga un valor eterno». Pero he pensado en esto mirando a mis alumnos, cada día, cada año, a los bachilleres, a los que ya están en la universidad, a los bachilleres más jóvenes que tenemos: ¿qué será de ellos? Yo también fui como ellos ¡y cuánto fruto ha dado aquella realidad frágil gracias a la obra de Otro! Así, cada miércoles vamos a Escuela de comunidad para ver qué hace el Señor en nuestra vida. Entonces, un joven interviene y dice que no sabe bien qué es lo que le atrae de nuestro encuentro semanal, pero que empieza a morirse de ganas de que llegue el día de Escuela de comunidad y del grupo de estudio. [...] Y dialogamos, nos confrontamos

con las sorprendentes respuestas de don Giussani, de nuestro amigo Carrón y de don Pigi, que a su vez nos proponen las palabras de Jesús; nos ayudamos a entender y dejamos que el tiempo haga madurar estas provocaciones, preguntas, invitándonos a ser fieles a un camino, compartiendo entre nosotros, adultos, los pasos, las propuestas, las observaciones. Así, me sorprende esperándole a Él en todo, en las relaciones familiares, incluso cuando los hijos mayores vuelven de Milán, entre los pasillos y las aulas del colegio, en los exámenes que me esperan mañana. Gracias por tu amistad y paternidad.

Cuando uno tiene esta pureza de corazón, que puede testimoniarnos el último en llegar —como los excompañeros de clase o los bachilleres que todas las semanas quieren ver qué hace suceder el Señor, ¡hasta el chaval que se muere de ganas de que llegue el día de la Escuela de comunidad!—, comienza a interceptar cualquier signo de esa novedad que permanece en la historia. Después, el tiempo hace que madure, según un designio que no es el nuestro. Sorprende compararse con lo que describe Giussani, que siempre nos testimonia, al hablar de estas cosas, a través de pinceladas, cuál es su experiencia: «¡Qué intensidad le está prometida a la vida de quien capte, instante tras instante, la relación que tiene todo con el origen! [Estamos llamados a esta intensidad; no estamos aquí para perder el tiempo hablando de esta intensidad, porque estamos llamados a experimentarla en cualquier cosa que toquemos] (...) En esto reside nuestra felicidad» (p. 33). No es banal al decir esto, las palabras están llenas de contenido, expresan una intensidad humana. Por tanto, uno verifica que el acontecimiento sucede cuando la realidad adquiere esta intensidad, portando consigo una felicidad llena del atractivo del que hemos hablado. Por eso es decisivo aceptar realizar este recorrido, secundando la modalidad del Misterio que hace suceder el acontecimiento. Pero la dramaticidad reaparece siempre. ¿De qué modo?

Como decías ahora, el cuarto punto de la Escuela de comunidad dice: «¡Qué intensidad le está prometida a la vida de quien capte, instante tras instante, la relación que tiene todo con el origen! Cada instante tiene una relación definitiva con el Misterio, y por eso nada se pierde: por esto existimos, y en esto reside nuestra felicidad» (p. 33). Muchas veces, sin embargo, yo vivo exactamente de la forma en la que se describe en las siguientes líneas: «Hay, sin embargo, una herida en el corazón que hace que algo se tuerza en el hombre y este no logre con sus solas fuerzas permanecer en la verdad» (p. 33). Hace días un compañero de trabajo me decía que él quiere dedicarse a la ciencia y no quedarse en la burocracia, en las fechas de entrega. Frecuentemente yo también pienso: «he estudiado para hacer ciertas cosas y tengo que perder el tiempo en otras». ¿Son acontecimiento las mil peticiones de la cotidianidad que parecen distraerte de lo que tendrías que hacer? ¿Son un estorbo o indican un camino? Mirándote a ti y a algunos amigos reconozco que hay personas que no viven así, pero esto parece que no basta.

Por tanto, las tareas de cada día, la cotidianidad que «corta las piernas» (Pavese), ¿son solo un estorbo o también indican un camino? La vida es vocación, ¡nosotros caminamos hacia el destino a través de estas cosas! ¿Quién lo ha descubierto?

Hola, Julián.

Hola. ¿Cómo lo has descubierto?

Es un momento duro por muchas cosas y últimamente se le añade que una compañera de trabajo me trata realmente mal. Un día se pasó de la raya y volví a casa muy dolida. Estuve pensando sobre lo que había pasado y decidí que lo «tenía que resolver». Me dije a mí misma que tenía dos opciones:

el enfrentamiento directo y, por tanto, una discusión seria, o por el contrario, una postura que consideraba más «cristiana», tolerar y soportar. Al día siguiente, como de costumbre, fui a la oficina en coche con esta preocupación, cuando de repente, en una rotonda, pasó a mi lado un amigo mío. Empecé a pitar, me reconoció y me llamó por teléfono. Así, empezamos a hablar sobre nuestra vida, nuestro deseo. ¡Media hora de respiro! No hice más que empezar a contarle el problema con el que me había despertado esa mañana, pero cuando entré en el despacho y vi a mi compañera estaba tan contenta que solo tenía ganas de abrazarla. No lo pude hacer porque las formas no lo permiten, pero me paré a saludarle con alegría. Por la noche –como mi amigo me había indicado, para no «perder» las cosas que suceden– leí alguna línea de la escuela: «El cristianismo es un acontecimiento. No existe otra palabra para indicar su naturaleza: ni la palabra “ley”, ni las palabras “ideología”, “concepción” o “proyecto”. El cristianismo no es una doctrina religiosa, una lista de leyes morales, un conjunto de ritos. El cristianismo es un hecho, un acontecimiento: todo el resto es consecuencia» (p. 26). Yo creo que lo que sucedió aquella mañana fue esto. Gracias de corazón por todo.

Ante una dificultad, nuestra primera hipótesis de respuesta es el enfrentamiento o aguantarse. Pero existe otra posibilidad: que suceda lo imprevisible, como aquella mañana, cuando a través de un encuentro casual sucedía algo nuevo que rompía este mecanismo –el enfrentamiento o aguantarse–, algo que no nos quita el cansancio, pero que libera: nos invade una presencia que nos hace desear abrazar a quien considerábamos un enemigo. Por este motivo, volviendo a la intervención anterior, cada momento de tropiezo es una oportunidad para reconocer el acontecimiento que sucede. Y esto nos permite entender la diferencia entre el sentido religioso y la fe, de la que habla Giussani en el punto 5 del capítulo.

Hace año y medio en una asamblea me reclamaste a dar crédito y a no encasillarme en mis razonamientos –que ni yo ni los demás son capaces de comprender–, a estar atento a los hechos que me sorprendieran. En aquellos días la alternativa concretísima a mis reflexiones fue el hecho de una simple cena en la que me había dado cuenta de que era preferido por el Misterio. Durante aquella asamblea tú interrumpiste mis análisis, insistiendo: «¡la cena, la cena!».

Los pensamientos o los hechos.

El mensaje me quedó claro. Me lo puse como estado en mi perfil de whatsapp: «¡La cena!». El camino que empecé fue de una intensidad fascinante porque los hechos, siempre ante mí, empezaron a ser significativos. Me redescubrí continuamente llamado a hacer cuentas con lo que me sucede ante los hechos, a seguirlos, a recorrer un camino que empieza entre un hecho excepcional y otro. Y los hechos excepcionales se multiplicaron de forma desmedida. Últimamente, como sabes, estoy redescubriendo el camino de J.H. Newman al tener que presentar el libro del mes (J.H. Newman, *Il cuore del mondo, Bur, colección Biblioteca del espíritu cristiano – José Morales, John Henry Newman. Una semblanza, EUNSA 2011*) a muchos amigos. Lo conozco desde hace unos cuantos años, pero ahora me habla con una intensidad nueva porque su camino supuso precisamente esta obediencia a los hechos, hasta reconocer en la experiencia la autoridad de Cristo y de la Iglesia. Hace dos días, me conmovió escuchar en misa el Evangelio del encuentro entre Jesús y algunos de los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo que le preguntan: «¿Con qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado semejante autoridad para hacer esto?» (Mc 11,28). El evangelio apunta que Jesús responde haciéndoles a su vez una pregunta que les obliga a hacer cuentas con su experiencia: «El bautismo de Juan ¿era del cielo o de los hombres?» (Mt 11,30). En el fondo, también en la asamblea de hace un año y medio fui mirado del mismo modo. Me reclamabas al método de la experiencia.

También los sumos sacerdotes y los ancianos que se pusieron ante Jesús se encontraron con la misma alternativa: extraer conclusiones de sus análisis o de otros, o mirar la excepcional correspondencia de los hechos. Jesús, con su pregunta, les pone delante la respuesta que ya poseen en la experiencia. De hecho, puestos en jaque, tienen que fingir que no lo saben. Este reclamo a mirar lo que sucede en mí ante el hecho de una correspondencia excepcional, es el gesto que más exalta mi libertad y que me permite caminar en primera persona. En este sentido, me sorprende un fragmento de la Escuela de comunidad: «Se deduce la respuesta al problema cristiano –“¿Quién es Jesús?”– de concepciones constituidas previamente sobre el hombre y el mundo. Y, sin embargo, Jesús da la siguiente respuesta: “Mirad mis obras”, es decir, “Miradme”, que es lo mismo. Pero no se le mira a la cara, se le elimina antes de tomarle en consideración» (p. 37). Cuando me invitabas a mirar lo que había sucedido en la cena me estabas reclamando al acontecimiento de Jesús. ¡Gracias!

A esto nos reclama constantemente el acontecimiento de Cristo. Y nosotros podemos educarnos secundando los hechos o podemos atascarnos en nuestros análisis, que son el modo de eliminar el acontecimiento. No lo negamos explícitamente, pero lo eliminamos, de hecho, del horizonte de nuestra vida sin dudarlo. Sin embargo, también ante la llamada de Jesús: «Mirad mis obras», es decir, «Miradme», uno puede quedarse igual, a mitad de camino. ¿Cómo puede suceder esto?

Leyendo estas páginas me doy cuenta de que no he comprendido del todo. Al principio del punto 6 de la Escuela de comunidad Giussani dice: «El rostro de Jesús toma la forma de otros rostros humanos». Y más adelante: «De modo que el encuentro consiste en que nos topamos con (...) el acontecimiento del Misterio presente dentro de la precariedad de un rostro humano» (p. 37-38). Yo creo que he entendido la importancia de estas afirmaciones porque si miro mi breve historia ha sucedido exactamente esto, hasta el punto de que en este encuentro Cristo me pide toda mi vida. Esto estuvo claro desde el principio y por eso desde entonces Él se ha manifestado de un modo evidente en el encuentro con sus rasgos inconfundibles. Mi pregunta es esta: justamente por esta circunstancia tan determinante, el encuentro que he hecho me ha vinculado a Cristo, vinculándome a su vez a la «precariedad humana» con la que Él se manifestó la primera vez. A veces me parece que el vínculo con estas personas oscurece, debido a mi distracción, el punto de origen. Me siento unida a estas personas, les quiero mucho y punto, así estoy a gusto. Cuando me doy cuenta de este «estar a gusto» me descubro triste. ¿Cómo puedo ser ayudada a tener un corazón siempre dirigido hacia Aquel que me da y me ha dado estos rostros, sin absolutizarlos o reducirlos?

Para interceptar nuestra humanidad, Jesús se ha hecho carne y sigue haciéndose carne llegando a nosotros a través de los rostros, como tú dices. Pero muchas veces –lo tenemos que admitir frecuentemente– nos paramos en estos rostros y decimos: «Así estoy a gusto». Y cuando vemos que esto no corresponde a lo que deseamos verdaderamente, comenzamos a echárnoslo en cara. Somos unos pobrecillos, así que ¿por qué sorprenderse de que nos paremos ahí y nos quedemos en los rostros sin llegar a su significado? Pero creo que has contado algo muy importante para hacer un camino humano. ¿El qué? Te descubrí triste. Como ves, inmediatamente el Misterio nos da un signo desde el interior de nuestra experiencia: cuando uno se queda en la superficie de los rostros y los rostros no son el medio para descubrir a Aquel a quien indican, aparece la falta de correspondencia y la tristeza. Esto significa que el Misterio no nos deja nunca sin signos que sugieran qué paso dar a continuación. Esto es precioso para el que quiere hacer un camino humano. Es normal que necesitemos tiempo para alcanzar la finalidad. Somos unos pobrecillos, no hay que escandalizarse por ello; la cuestión es si usamos cualquier signo que el Misterio nos da en la experiencia para no bloquearnos; entonces, todo

puede convertirse en parte del camino. Nosotros continuamente verificamos en la experiencia la verdad de lo que vivimos, por eso tenemos que estar muy atentos a las alarmas que confirman o desmienten si seguimos en la superficie o si realmente hemos alcanzado el significado último. Hay un fragmento de la Escuela de comunidad decisivo para entender esto. ¿Quién lo ha identificado?

Al trabajar la Escuela de comunidad me ha sorprendido mucho la cuestión del encuentro como un «hecho histórico totalizador». Tengo cincuenta y siete años y soy del movimiento desde que tenía catorce. He tenido muchos encuentros, algunos han sido fundamentales y han dado un horizonte a mi vida. Me he pegado a personas que me han hecho evidente el rostro de Jesús. Es verdad que recuerdo el día y la hora de este encuentro. Pero el tiempo te pone de espaldas contra la pared y últimamente parece que lo que es totalizador es la dureza de la vida. Cada día es una lucha con los problemas que siguen surgiendo en el trabajo, la fatiga de las relaciones y la desilusión por lo que no consigo hacer. Pero leyendo la Escuela, me ha impresionado lo que dice la última parte del punto 6: «El encuentro que tuvimos, por su propia naturaleza totalizadora, se convierte con el tiempo en la forma que adquieren todas mis relaciones, la forma verdadera en que miro la naturaleza, a los demás, todas las cosas. Un encuentro, si es totalizador, se traduce en una forma y no solamente en un ámbito nuevo de relaciones» (p. 41). Querría entender existencialmente este fragmento, porque siento que para mí es crucial. ¿Qué quiere decir que «un encuentro se convierte en la forma verdadera de todas mis relaciones»?

Es precioso que muchos hayáis entendido la importancia de este párrafo. ¿Quién nos echa una mano para ayudarnos a entender?

Parto de dos frases que me han sorprendido leyendo la Escuela de comunidad, porque tienen mucho que ver con lo que estoy viviendo en los últimos cuatro años. Al final del punto 4 Giussani dice: «La experiencia que tenemos diariamente es que todos los hombres tienden a identificar la totalidad de la vida con cosas parciales y limitadas. Y salir de esta parcialidad no está en nuestras manos: ninguno de nosotros logra por sí solo recuperar una mirada verdadera a lo real» (p. 34). Y en el punto 6 añade: «El encuentro, que marca el comienzo de un camino, es un momento de tiempo y de espacio, tiene lugar en una “hora” precisa, que se puede señalar en el reloj. Y la vida se nos da para profundizar en ese momento» (p. 40). Hace cuatro años me casé y mi marido y yo intentamos desde el principio tener un hijo; un hijo que aún no ha llegado. Ha habido momentos realmente difíciles, en los que lloraba cada día y nadie –ni siquiera mi marido o mis amigos– conseguía calmarme. Para mí todo dependía de este hijo que no llegaba (como dice Giussani, identificaba la totalidad de mi vida con algo parcial, como si la única posibilidad de felicidad para mí fuese la respuesta que tenía en la cabeza a mi deseo de maternidad). Una vez mi marido me dijo: «Vamos a ver al sacerdote que nos casó». Sabiendo que una de las primeras cosas que me preguntaría sería: «¿Vas a Escuela de comunidad?», me adelanté y empecé a leer la Escuela para no responderle siempre que no... ¡y qué respiro! Estábamos leyendo Por qué la Iglesia y en un momento dado Giussani dice: «La función de la Iglesia en la historia es la llamada maternal a reconocer la realidad de las cosas: que el hombre depende de Dios. (...) Si se vive con conciencia de nuestra dependencia original (...) todos los problemas se sitúan de una manera que facilita más su solución (...). Porque se trata de tener la mirada puesta en Algo más grande que los problemas concretos, lo que confiere a todo la perspectiva del buen camino» (Por qué la Iglesia, Ediciones Encuentro, Madrid 2014, pp. 215-218). Junto a la Escuela de comunidad, me acompañaban mi marido y mis amigos. Hasta que un día una amiga mía

me llamó y me dijo: «Te quedas embarazada, eres feliz, pero después te das cuenta de que ni siquiera eso te basta. La cuestión es dónde apoyamos nuestra vida». Inmediata e inexplicablemente, dejé de llorar, de un día a otro. Estoy cambiada, estoy tranquila –tanto como para contar esto sin llorar–, y no he cambiado por una definición, sino a través de rostros y hechos. Estoy caminando ahora con una mirada nueva sobre mi dolor, que igualmente sigue estando. Tengo una alegría que no viene de mí misma y esto me permite confiar plenamente en el designio de Otro, que últimamente me llena de gratitud. El dolor está y permanece, pero lo puedo mirar con serenidad. San Agustín decía: «Mi corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti». Es necesario que Otro llene mi vida y que yo deje de perseguir lo que tengo en la cabeza. No me puedo quitar mi deseo, porque está. Pero ahora ya no caigo en la pretensión de que la respuesta tenga que llegar como tengo yo en mente, sino que me encuentre en una posición de espera para que Otro responda a mi deseo. Estoy en tensión para reconocer esta respuesta. Partiendo de Cristo, esa dificultad ya no es un peso que aplasta. Cuando me desplazo de Cristo, vuelven la ansiedad y el miedo, vencen mis pensamientos, vence el llanto. Pero cuando parto de Él, el último juicio es esta alegría y paz de fondo que han invadido mi vida. Y mirando toda mi vida sé que Él no defrauda. Es verdad que cuando decidimos partir de Cristo, la presencia del Señor hace que mi vida sea más verdadera, más gustosa, más humana, más bella. Esto es un milagro (a mis ojos y a los ojos de los demás). Gracias por la compañía que me haces y por el camino que indicas.

Me impresionó mucho la primera vez que te escuché porque iluminaba el último párrafo del punto 6 del que hablábamos antes: uno puede estar en el movimiento como en un «ámbito de relaciones» y seguir llorando por un deseo insaciable. Tú estabas dentro de un ámbito de relaciones, no obstante, seguías llorando, seguías fijándote en la parcialidad; el encuentro que has tenido no conseguía ser totalizador. La semana pasada fui a Holanda y estuve con dos matrimonios que me contaron la misma situación: no podían tener hijos. Pero una de las dos mujeres, viendo la felicidad en la cara de la otra, empezó a dejar que este encuentro se convirtiese en la forma de vivir su situación. Y esto le hizo cambiar. Muchas veces podemos vivir la vida del movimiento como si fuese un ámbito de relaciones, y llorar y lamentarnos porque no reconocemos la novedad que introduce. Si el movimiento no llega a ser totalizador, es decir, la forma verdadera de todas las relaciones, uno puede seguir dentro de este ámbito de relaciones y seguir estando determinado por lo que no funciona (no tener hijos, que a uno no le asciendan en el trabajo, tener un compañero molesto, etc). Y esto, al fin y al cabo, nos fastidia y nos desilusiona. Pero cuando alguien nos da una sugerencia de modo que nos hace experimentar el encuentro como totalizador, es decir, como forma de cada relación, entonces todo cambia. Si no entra en las entrañas de la experiencia, el encuentro no será incidente para la vida. Por eso os doy las gracias a ti y a las amigas de Holanda, porque habéis hecho carne para mí este pasaje de la Escuela de comunidad, que creo que es precioso para todos, porque nos da una sugerencia del camino. Si el encuentro no es totalizador, si no se convierte en la forma y modalidad de cada relación, el cristianismo no penetra en las entrañas y, entonces, seguiremos llorando, estando determinados por los aspectos parciales y por lo que no funciona. Jesús no nos ha prometido que todo iría según nuestros pensamientos. Lo que más me sorprende de estas historias es que estas tres personas siguen sin poder tener hijos y a las tres les ha cambiado la cara. La cara no nos cambia porque se realice una imagen del cumplimiento de mi deseo, sino porque Cristo entra en nuestra carne de un modo totalizador. Esto es la Navidad. Para esto ha venido Cristo, para entrar en las entrañas de nuestra necesidad y responder de un modo sorprendente. Por eso, sea cual sea la situación en la que nos encontremos, será una bella Navidad para todos.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 22 de enero a las 21 horas. Durante este tiempo trabajaremos los puntos 7 y 8 del primer capítulo de *Crear huellas en la historia del mundo*.

El libro del mes de enero y febrero será *Mis lecturas* de Luigi Giussani (Encuentro). Contiene algunos textos de las lecturas que realizó en varios momentos sobre autores que le gustaban. En este libro podemos ver cómo para don Giussani era un acontecimiento leer a Leopardi, Pascoli, Rebora, Péguy, Eliot y muchos otros. Por tanto, se trata de una contribución preciosa para conocer el sorprendente recorrido de Giussani, en el que emerge toda su pasión por lo humano, con la que cualquiera de nosotros –con más o menos gusto por la literatura– puede compararse.

Esta Navidad pidamos al Señor poder secundar, decir *sí* a la modalidad con la que Él nos salga al encuentro. Sin el *sí* de María, no estaríamos aquí; sin el *sí* de Giussani, ninguno de nosotros – ¡ninguno!– estaríamos aquí; sin tu *sí* ahora, otros no estarían. Por tanto, en este tiempo en que el nihilismo prevalece cada vez más, vivamos la Navidad mirando la potencia con la que Cristo entra en nuestra vida –así como entró en la vida de san José y de los pastores– y a partir de esta mirada nacerá la alegría que podremos testimoniar a nuestros hermanos, los hombres.

Feliz Navidad a todos.

Veni Sancte Spiritus